

EL BESO

por Loki

Recuerdo, como si fuese ayer, el día que me compraron mi primer ordenador. Poco tiempo después llegó Internet y aquello fue todo un nuevo descubrimiento para mí. Desde mi silla frente a la pantalla podía buscar todo lo que quisiera, cualquier información estaba a mi alcance con un solo “click”.

Han pasado ya seis años desde aquel momento y, a día de hoy, me sigo sorprendiendo de las capacidades que tiene un ordenador, que aunque en apariencia es un simple aparato moderno, puede sin embargo, realizar tantas funciones como por ejemplo permitir a una persona comunicarse con otra en cualquier parte del mundo.

Tiempo después de rascar la superficie del universo de Internet, instalé lo que se conoce como “Messenger”, un programa que permite a las personas escribirse en tiempo real, además de poder hablar entre ellas con un micrófono y de verse con una pequeña cámara.

Ahora, gran parte de mi tiempo lo paso frente a la pantalla de mi ordenador, algunas veces hablando con mis amigos y otras muchas hablando con ella, mi amor secreto, la que me ha hecho olvidar.

Hace apenas un año yo no era exactamente como soy ahora, era más callejero, apenas pisaba mi casa nada más que para dormir y comer, hasta que un suceso cambió mi vida por completo. Me hizo ver el mundo de diferente manera y tener mas respeto por todo, aquel error cometido en el pasado me transformó en la persona que soy ahora, un error que nadie conoce, ni conocerá nunca...

¿Puede alguien enamorarse de una persona sin conocerla personalmente? Mi respuesta es un rotundo “Sí”. En el día a día, la apariencia física juega un papel importante en las relaciones humanas, y lo que el Messenger te permite, es entablar una amistad con una persona conociendo sus inquietudes y sus sentimientos, sin necesidad de interponer el físico ante cualquier otra cosa, aunque también puede existir el engaño en este tipo de relaciones.

Meses después del accidente, la conocí a ella. Me había encerrado en mi mismo y no quería salir de casa ni mantener contacto alguno con el mundo exterior. El único contacto que mantenía era cuando me dirigía a alguna tienda a comprar alimentos, pero eso solo ocurría en contadas ocasiones. Ya no quería relacionarme con nadie, ni siquiera conmigo mismo, pero a pesar de que más de una vez había rondado por mi cabeza la idea de acabar con todo esto, no podía hacerlo. Me lo impedía el saber que si yo dejaba de existir mi familia sufriría mucho y yo no quería que eso sucediese. Una familia que notó desde el principio un cambio radical en mí, pero no quise explicarles el motivo, no quería que se sintieran mal ni que me odieran, porque yo ya me detestaba demasiado a mi mismo.

Cuando me escribía con mis amigos, a veces me sentía incómodo, no me encontraba totalmente a gusto hablando con ellos, quizás ese fuese el motivo por el cual intenté encontrar nuevas amistades en los chats, pero aun así me seguía sintiendo vacío por dentro.

No fue hasta que la encontré a ella cuando me sentí verdaderamente bien hablando con otra persona. Ya desde el principio sentí un magnetismo especial entre nosotros que no supe explicar, aunque ella siempre se mostró muy reservada. Todavía no la he visto, no me ha querido poner su cámara, le da vergüenza. Nos limitamos a escribirnos.

Aun recuerdo el primer día que hablamos...

—Hola —me dijo ella.

—¿Quién eres? —respondí.

—Soy Lucía, cogí tu Messenger de un mail que me enviaron, espero que no te moleste.

—No tranquila, no me importa.

—¿Y tú como te llamas?

—Me llamo Carlos.

—Por cierto —pregunté— ¿Qué edad tienes?

—Tengo 18 años ¿y tu?

—Yo tengo 19 — respondí.

Esas fueron las primeras líneas que intercambiamos, y hasta hoy han transcurrido nueve meses. A pesar de que nunca la he visto, siento que es una persona muy especial para mí, y un sentimiento que no sé definir recorre todo mi cuerpo llenándolo de nerviosismo e inquietud ante lo que tengo pensado declararle esta misma noche, que la quiero. No sé como reaccionará ante esta inesperada noticia, espero que bien. Ya queda poco para que conecte, siempre lo hace a la misma hora, las once de la noche. Espero ansioso el volver a hablar con ella.

Pocos minutos después el reloj plateado de la pared marcó exactamente las once en punto y Lucía conectó. Al rato de estar conversando, decidí declararle que la quería y que no me importaba como fuese físicamente. Ella hizo algo inesperado, puso su cámara para que la viera. Apareció poco después en la pantalla y pude verla, aunque con escasa nitidez. La imagen se veía borrosa, su pelo era largo y oscuro, pero no se podían

definir rasgos precisos en su rostro, la oscuridad envolvía su cara, pero dejaba entrever ligeramente su boca y el brillo de sus ojos.

—¿Me quieres? —escribió ella repentinamente.

—Sí, te quiero. En estos meses me he dado cuenta que eres muy especial para mí y me hiciste olvidar mi pasado.

—¿Qué sucedió en el pasado? —volvió a preguntar.

—Es un secreto —le respondí.

—Ten confianza en mí. Si me lo cuentas yo te cuento también mi secreto —dijo ella.

Pensé si debía o no revelar aquel secreto que me había estado atormentando durante meses y que me prometí que nunca revelaría, aunque por otro lado quería serle sincero, pero al conocer el secreto ella podía llegar a detestarme, y aún así decidí arriesgarme.

—Todo sucedió hace casi un año, quizás un poco más. Una noche de fiesta conocí a una chica de un pueblo cercano. No me llegó a decir su nombre, pero me quedé prendado de ella totalmente. Nos dirigimos los dos solos hacia la playa y allí empezamos a besarnos y a tocarnos, pero cuando yo quise ir más allá, ella me apartó, no quería que pasara nada más serio. La frustración que sentí en ese instante, mezclada con el hecho de que iba un poco bebido, hizo que forcejeara con ella. En ese momento de tensión le di una bofetada y se desequilibró, cayó al suelo con tan mala suerte que se golpeó la cabeza contra una de las pocas rocas que allí había. La sangre comenzó a brotar por la herida, tiñendo la arena de un color rojo oscuro. No supe como reaccionar, el miedo recorrió mi cuerpo y, asustado y nervioso, salí de allí rápidamente. Me dirigí a mi casa y no pude conciliar el sueño durante toda la noche. Al día siguiente encontraron su cuerpo sin vida en la playa y he mantenido oculto el secreto hasta hoy.

Regresó el silencio a la conversación, y ella apenas se movía frente a la cámara.

—Bueno, no sé, dime algo —dije nervioso por su posible reacción.

Al ver pasar los segundos y que ella no decía nada, volví a hablar y le hice una pregunta.

—¿Cuál es tu secreto?

Poco después su respuesta apareció escrita en la pantalla...

—“Yo soy la chica que mataste”

De repente el ordenador se apagó por si solo y Carlos, asustado, miro a su alrededor. En la pantalla apagada se reflejó una figura humana vestida de blanco, y con un sobresalto se levantó de la silla y se giró. Una chica con el pelo largo y oscuro, de rostro demacrado y piel pálida, se encontraba al lado de la puerta de la habitación, y en un parpadeo apareció frente a Carlos, lo agarró por la cabeza y lo besó con fuerza.

Sus ojos se abrieron como platos. La chica lo besaba y cuando se separaron, él estaba inmóvil como una piedra, con los ojos desorbitados y cayó inerte a la arena de la playa. La chica al ver lo ocurrido gritó asustada pidiendo ayuda, y personas que se encontraban cerca al escuchar los gritos se dirigieron hacia aquel lugar a toda prisa. Con los ojos abiertos, Carlos permanecía sin vida tumbado sobre la arena, su reloj marcaba exactamente las once en punto. Todo lo que Carlos había vivido en los últimos meses, había sido una ilusión, nunca se marchó de la playa. Conoció a esa chica aquella misma noche y buscaron un sitio donde tener intimidad. Comenzaron a besarse, y a través de aquellos besos, Carlos vio en unos segundos su lado más oscuro, y no pudo soportarlo.